



LA BALLENA AZUL



Érase
una vez...



Daniel estaba malito, tenía un poco de fiebre y no se encontraba bien. Ese día no iba a ir al colegio. Su mamá llamó a la abuela para que viniera a casa a estar con él.

Eso le ponía muy contento. La abuela siempre traía cuentos mágicos y jugaba mucho con él.



Después de jugar al escondite, el juego preferido de ambos, y hacer 3 puzzles que le trajeron los Reyes Magos, la abuela y Daniel se sentaron un rato en el sofá.

-Hoy vamos a leer un cuento de aventuras Daniel, de esas que tanto te gustan. Este es un cuento muy especial, porque es una historia real.
Se que te va a encantar ¿Estás preparado?





El pequeño asintió. Tenía 4 añitos y le encantaban los animales y los libros de aventuras sobre todas las cosas.

La abuela abrió un enorme libro de cuero marrón y comenzó su historia:

“Hace unos cuantos años, en un pueblito perdido en el océano Índico, un equipo de investigadores capitaneado por la Doctora Ferrer, se estaban preparando para ir en busca de una gran ballena azul...”

-¡Ohhh! exclamó Daniel -¡Una ballena azul!

-La abuela Puri sonrió: -¿Sabes? La ballena azul es el animal más grande del mundo. Pesa lo mismo que una manada de 55 hipopótamos y su corazón es tan grande como un coche. Su canto es más potente que el motor de un avión a reacción.



Una ballena azul mide más de 30 metros.

-Y cuánto son 30 metros abuela?

-Pues mira, mide lo mismo que si pones en fila una excavadora, un camión, un barco, un coche, una furgoneta, un tractor, una moto y una bici.

- ¡Guauuu! -Daniel estaba con los ojos muy abiertos.

-Y cuando una ballena azul expulsa el aire, llega hasta los 10 metros de altura y con ese aire se pueden inflar 2.000 globos!

-Pero volvamos al cuento Daniel....

-¡Claro abuela!





La Doctora Ferrer, acompañada por Sebas, su fiel ayudante, y un grupo de conocidos doctores y veterinarios, decidió ponerse manos a la obra para buscar en el océano una ballena azul, que según los pesqueros de la zona, estaba herida.

Su misión consistiría en observarla de cerca y tratar de curarla.

Las ballenas azules estaban en peligro de extinción y era muy importante protegerlas siempre para que esto no ocurriera.



Su plan consistía en salir en un buque desde el pequeño pueblito en Madagascar y cruzar el Océano en dirección a Australia para ver si en mar abierto conseguían ver a la ballena azul. Tenía una gran marca azul-grisácea en el lomo y la reconocerían porque su enorme aleta tenía una profunda herida.





La Doctora conocía bien el llamado Santuario ballenero del océano Índico. Tenía las coordenadas exactas desde África hasta Australia y estaba segura de que darían con ella.



Los marineros cargaron el buque con todo tipo de provisiones: comida y bebida suficiente para todos.



En total 4 hombres y 4 mujeres componían el grupo: El Capitán del barco y 2 marineros se encargaban del viaje y en el grupo de la Doctora Ferrer estaban Sebas, que era su amigo desde la Universidad y las Doctoras Isabel, Marta y Sol, que además de Doctoras, eran expertas en grandes ballenas.



Los ocho subieron a bordo, acompañados por Benito, un experimentado cámara, que iba a grabar todo para poder documentar después su gesta.





El primer día en mar abierto no vieron nada, se dedicaron a preparar todo el equipo de buzos, oxígeno... Pero el segundo día del viaje, Benito, que grababa la inmesidad del mar gritó:

-¡Doctora Ferrer! ¡Venga aquí! ¡He visto algo allí!



Elisa, que así se llamaba la doctora, y Sebas corrieron junto a Benito y empezaron a mirar con unos enormes catalejos.

-¡Oh, sí! Sebas, Isa, Mirad allí. Preparad los buzos.

Decidieron entre todos que los primeros en bajar al agua a inspeccionar serían Sol y Marta. Estarían una hora en las profundidades y el segundo equipo bajaría después.





Las chicas, equipadas con todo lo necesario se sumergieron en el mar. Tal como habían acordado, al cabo de una hora salieron a la superficie y subieron de nuevo al barco:



-Elisa ¡Ha sido alucinante! Hemos nadado entre un grupo de unos 20 cachalotes, una cría enorme nos acompañó a unos 15 m de profundidad. Ha estado jugando con nosotras. Parecía que quería llevarnos a algún sitio más profundo pero era la hora de volver y no queríamos arriesgarnos con el oxígeno. Y por cierto, Hemos visto más de 10 tortugas enormes también.



Elisa Y Sebas estaban deseando sumergirse.

-Necesito llevar algo de instrumental médico por si la vemos -Pensó Elisa





-Dejad que yo también vaya entonces -Pidió Isabel, sabes que soy veterinaria especializada y necesitarás una mano ahí abajo.

-De acuerdo ¡En marcha! -Elisa, Sebas e Isabel, metidos en los apretados buzos negros se lanzaron al agua, tenían una hora para seguir buscando.



Nada más sumergirse, vieron a los 20 cachalotes acercarse a ellos. Eran maravillosos. No había rastro de ballenas adultas pero las crías querían jugar con ellos. Una de ellas empujaba a Elisa hacia una zona más profunda.

-¡Chicos! ¡Vamos!

Podían comunicarse a través del casco y los dos la siguieron.





La pequeña ballena les empujaba hacia las profundidades. De pronto, los tres vieron frente a sí una gigantesca ballena azul.

Era sin duda el ejemplar más bonito que habían visto en su vida. De cerca era impresionante.

Nadando consiguieron bordear la mitad del gigantesco cuerpo de la ballena azul y entonces vieron la aleta herida.



-¡Rápido! -Elisa hacía gestos con las manos -No nos queda mucho tiempo de oxígeno, hay que trabajar a contrarreloj.

Sebas e Isabel se dieron prisa. La aleta tenía un profundo corte que requería medicación para evitar una infección y conseguir que pudiera volver a su aspecto de siempre.



Isabel sacó todo el instrumental y preparó una enorme inyección llena de antibiótico. Con mucho cariño, Elisa se acercó acariciando a la inmensa ballena y entre ella y Sebas colocaron la aguja en la aleta y consiguieron por fin que estuviera quieta lo suficiente para ponerle la medicina.



La ballena, muy agradecida nadó alrededor de ellos, pero era tal la fuerza de su cuerpo que se formó un remolino gigante y los 3 submarinistas salieron despedidos hacia arriba.



Una vez en la superficie, Benito grabó las imágenes más bonitas que nunca antes se hubieran visto: una ballena azul y su cachalote jugando en la superficie con las dos Doctoras y Sebas.





Después de nadar un rato junto a la ballena y su cría, los 3 subieron al barco y todos pusieron rumbo a tierra firme. De nuevo al puerto del que salieron.

La ballena azul nadó junto al barco durante mucho tiempo y todo el equipo pudo disfrutar mucho del trayecto. Finalmente, la ballena y su cría se sumergieron en el océano y todo el equipo se despidió de ellas.



-Bueno Daniel, dime, ¿Te ha gustado esta historia?

Daniel estaba encantado. Ni la fiebre había conseguido dormirlo. Había permanecido muy muy atento a esa maravillosa historia, que además, había sucedido de verdad, hacía no mucho tiempo.





-Abuela, yo quiero ver una ballena azul y quiero nadar con ella. Quiero aprender a bucear y ver tortugas gigantes y cachalotes y...

-Claro que sí Daniel, harás todo lo que quieras. Cuando seas mayor, si te esfuerzas podrás aprender y dedicarte a lo que quieras.



Pero como todavía falta mucho para que te hagas mayor, se me ocurre que cuando te pongas bueno organizaremos un viaje al Oceanográfico de Valencia. A tu hermana y a ti os va a encantar.



-¡Sí, abuela! Qué bien! -Dijo Daniel rodeándola con sus brazos.





Después, se quedó dormido. Su abuela lo llevó cuidadosamente a la cama. El pequeño ya soñaba con una gigante ballena azul, tan larga como dos autobuses juntos y sonreía dormido.



Sí, era una historia maravillosa. Lo que su abuela no le había contado todavía es que la Doctora Elisa era en realidad su madre, es decir, la bisabuela de Daniel y por eso ella tenía el libro original de aquella aventura. Algún día, entregaría ese libro a sus nietos para que lo guardasen como un tesoro porque esa historia era la de una heroína que se atrevió a cruzar un océano para salvar a una ballena enferma.



Y colorín colorado, este cuento encantado se ha acabado.

FIN.







Cartas Encantadas